

ENCUENTRA A
Caroline Miller

GAIA JIMÉNEZ

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 9798883894830

Copyright© Gaia Jiménez 2024

Diseño de portada: Rachel's Design

Ilustración: Gabriela Rey, @madameardent

Maquetación: Rachel's Design

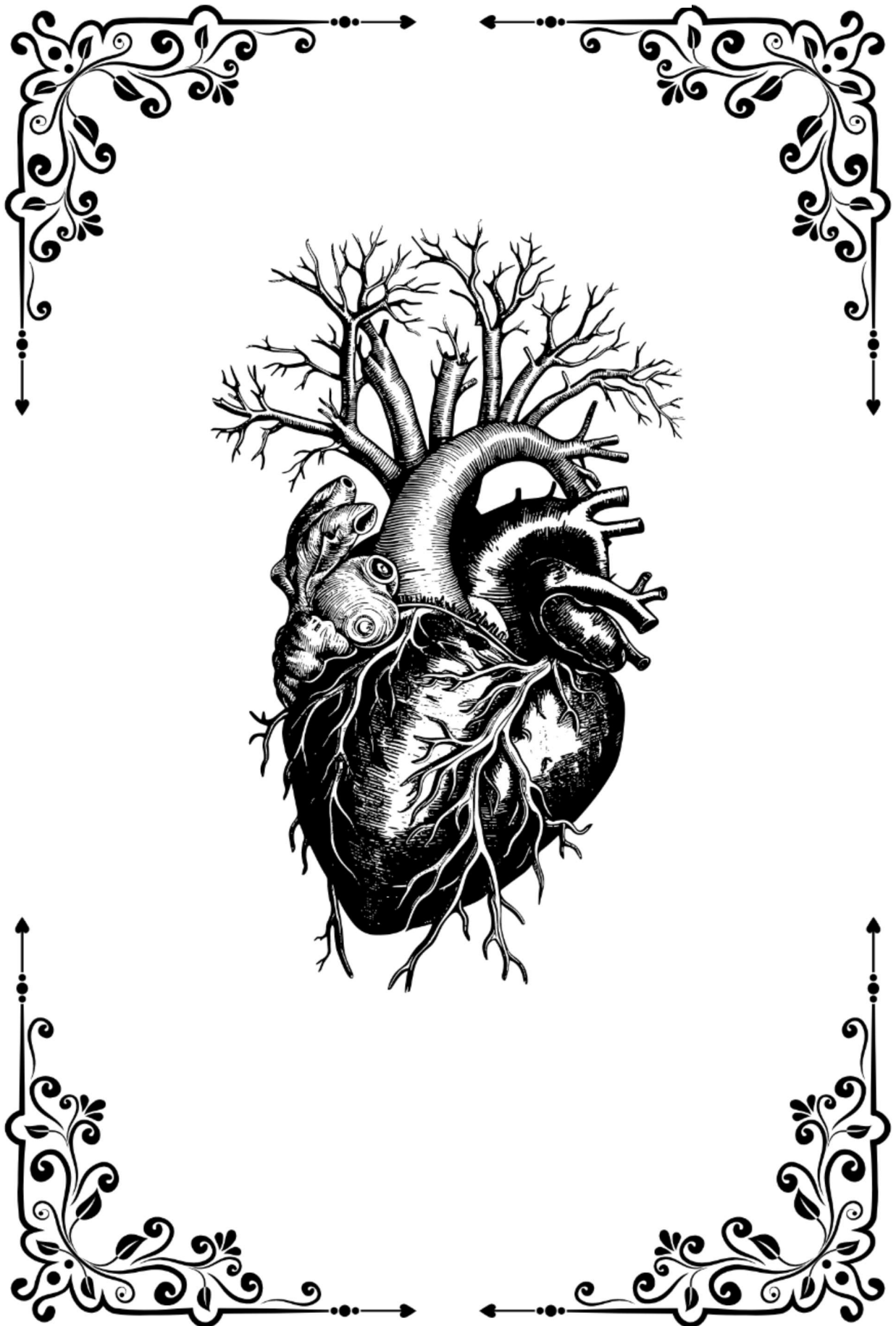
Corrección: @_romanticascorreccion

Impreso en la UE – Printed in the UE

*Para B, que me respondería a esta dedicatoria con un ladrido. Gracias por tus
increíbles dieciocho años a mi lado.*

*Siempre que encuentre una flor, naciendo en un lugar donde antes no había
nada, pensaré en que un trocito de ti vive de nuevo en ella.*

Gaia Jiménez



Un cruce de caminos

Una mujer de impoluto traje negro esperaba en la acera junto a una niña de pocos años a la que habían dejado abandonada frente al zoo de Nueva York, le habría gustado tenderle un pañuelo o secarle ella misma las lágrimas con sus dedos enguantados, pero, simplemente, no podía.

—¿Cuándo volverá mi mamá? —preguntó entre sollozos la pequeña de extraños ojos que se aferraba a su presencia a falta de cualquier otra.

—Me temo, pequeña Caroline, que tu mamá no va a volver. —La señora del sombrero anticuado respondió con toda la delicadeza que sus buenos modales le permitieron. No se le ocurría quién podía tener el corazón tan duro como para abandonar a su propia hija bajo la lluvia de Nueva York.

Un chico de fino cabello rubio y ojos azules, que apenas seguía siendo un niño, contemplaba con extrañeza a la cría de cinco años que hablaba entre sollozos junto a la entrada del zoo. Miró en todas direcciones tratando de buscar a quien la hubiera perdido, pero estaba completamente sola. Pensó que, tal vez, se tratara de alguien como él, pero aquella chiquilla de cabello oscuro no tenía el aspecto desamparado de los que nunca han conocido un hogar. Venciendo su timidez e impulsado por una fuerte punzada en el corazón, se acercó un poco más.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó.

—Creo que he perdido a mi mamá —respondió la niña, enjugándose los ojos con el puño de un abrigo que le venía demasiado grande.

Había algo en ella que le rompía el corazón, y sintió la necesidad imperiosa de ocasionarle consuelo, porque él sabía lo que era tener la certeza de que nadie vendría a rescatarte del peligro. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, pero en su interior no tenía más que una púa que había robado en alguna de las tiendas de instrumentos de la ciudad y, aunque sabía que no le servía de nada sin una guitarra, aferrarse a ella le daba el consuelo necesario para creer en sus sueños y confiar en que había un futuro mejor esperándolo en otra parte, lejos de las calles del Bronx, y más lejos aún del orfanato donde había crecido.

Desesperado por ayudarla, el chico miró al suelo, tratando de encontrar algo con lo que calmar los sollozos de aquella niña que no dejaba de llamar a su madre, pero bajo sus pies solo descansaban los adoquines sucios por la lluvia de invierno.

Pensó que era una tontería caminar hacia los setos de espinos del parque y entregarle una rama mohosa, y mientras cavilaba sobre qué podía ofrecerle, contempló el primer copo de nieve que caía, despacio y casi danzando, delante de sus ojos. Fue así como se le ocurrió el regalo que le entregaría a la niña perdida.

El chico se agachó para que sus rostros quedaran a la misma altura, entonces puso una mano sobre su hombro, con la que tenía libre agarró el copo de nieve y se lo acercó para que lo contemplara.

—Cierra los ojos y pide un deseo.

Vio como la niña de cabello oscuro cerraba sus pequeños ojos y se concentraba, con todas sus fuerzas, en el deseo que quería pedir, tanto que había apretado ambos puños hasta que los dedos perdieron su color. Un coche patrulla pasó, aullando, por los alrededores del zoo y el

pequeño escapista y ladronzuelo decidió que ya no tenía nada que hacer por allí.

La miró por última vez, escondido tras la esquina de un edificio de correos, esperó hasta que aquel oficial de policía se agachó junto a ella y entonces supo que estaba a salvo, que encontraría de nuevo a su madre y podría regresar a su hogar.

La mujer vestida de negro despedía a la única persona viva en el mundo que se había parado junto a ella y se había dignado a dirigirle la palabra después de tantos años en completo silencio, y mientras decía adiós a la pequeña a través de la ventanilla del coche que la llevaba a un lugar seguro, se puso a pensar en el pequeño ladrón que había dejado de robar entre los turistas para darle algo de consuelo a la niña de extraños ojos violeta. Entonces recordó el deseo que Caroline Miller le había pedido al copo de nieve, despidió al alma de la anciana que había llevado hasta allí con instrucciones de cruzar la verja del zoo de Nueva York, y después llamó a su cochero y regresó junto a la fuente del ángel de alas negras que era su hogar.

El destino contempló a aquel chico de corazón puro, a la niña con extraños dones y a la mujer a la que, tiempo atrás, se había visto en la tesitura de tener que castigar por saltarse el orden natural de las cosas; y deshaciendo los nudos que los ataban a sus errores y fracasos, y conociendo cuál sería el final, cambió los hilos con los que manejaba a cada uno de ellos. Solo necesitó visualizar aquella escena para reconocer que sus vidas discurrían en vías perpendiculares, encontrándose en un cruce de caminos que habría de darles todo cuanto necesitaban para seguir avanzando.

—1—

El baúl de las hermanas Brontë

CAROLINE

Me había olvidado las llaves de la tienda en casa, y ya iban tres veces esa semana. Por suerte, la verja no estaba cerrada, sino solo corrida hacia la derecha. Quizá podría parecer que no me importaba que alguien entrara en la noche y desvalijara la mercancía, pero yo vendía ropa de segunda mano, o como algunos la llamaban: ropa de difuntos.

No era así, o al menos no toda la ropa pertenecía a alguien que ya no estaba. Mucha gente vendía su ropa cuando ya no la necesitaba, y otros, la compraban porque no les apetecía pagar lo que costaba una nueva, o como en el caso de la señora Thompson, que tenía que vestir a nueve hijos y no podía permitirse, ni siquiera, la ropa de oferta del súper. Sea como sea, no, a nadie se le pasaba por la cabeza entrar en El baúl de las hermanas Brontë y robar un vestido con topos de hacía cuatro o cinco temporadas.

Lo de las hermanas Brontë fue cosa de mi abuela que, a efectos prácticos y legales, era la dueña de la tienda, aunque se quedara rezagada en un rincón leyendo *Cumbres borrascosas* un número incontable de veces mientras yo me encargaba de la mercancía y de la clientela. En el fondo

sé que odiaba tratar con la gente de este pueblo, claro que a mí no es que se me diera mejor.

—¡Mierda! —grité en cuanto traspasé el umbral y vi lo que había pasado dentro de ella.

Alguien se había colado la noche anterior y se había dedicado a colgar fantasmas hechos de sábanas viejas y papel de seda. El autor de aquel despliegue de creatividad había disfrazado una muñeca de tamaño mediano con ropas que había encontrado en las estanterías, pelucas y accesorios que la hacían parecer una bruja, y la habían colocado detrás del mostrador, presidiendo la tienda. Me acerqué a ella, tratando de ver mejor el cartel que llevaba colgado del cuello, pero incluso desde aquella distancia se podía leer aquel insulto lleno de rabia y faltas de ortografía: «Carie, la loca del puevlo».

Habían escrito pueblo con «v» y a Carrie le faltaba una de las «r», y supe que aquello era obra de los adolescentes que andaban haciendo travesuras la noche previa a la celebración de Halloween.

Por suerte, era demasiado temprano como para que aquella gamberrada lograra llamar la atención de los clientes y me olvidé de eso en cuanto me deshice de aquella espantosa muñeca que no sabía escribir «pueblo» y tiré los fantasmas a la basura.

Una vez que me aseguré de que todo volvía a estar en orden, subí los interruptores de la zona central para evitar que las nubes negras que anunciaban tormenta ensombrecieran aún más la tienda, después me dispuse a ordenar el desastre que aquellos gamberros habían dejado a su paso. Era viernes, Día de Difuntos, y la gente se afanaba en preparar la plaza con la decoración de Halloween del año anterior.

Encuentra a Caroline Miller

Aquella noche, debería asegurarme de cerrar con llave o volvería a ser el blanco de las travesuras de los habitantes de un pueblo que no me querían allí.

Cogí un par de camisetas grises que estaban tiradas por el suelo y las metí en una caja de cartón donde acababan las prendas seleccionadas para mis proyectos personales, como los llamaba mi abuela, que me proporcionaban la excusa perfecta para encerrarme en el almacén y concentrarme en la máquina de coser y en la belleza de crear algo bonito de un montón de tela que había sido condenada al vertedero.

—Hola, Caroline.

Una voz a mi espalda me hizo ahogar un grito de sorpresa, y una sensación de escalofrío, a la que nunca acabaría por acostumbrarme, me recorrió los brazos hasta erizar el vello de todo mi cuerpo. Contando hasta tres me di la vuelta y contemplé los pies de mi visitante.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunté, a sabiendas de que era para eso para lo que había venido a buscarme.

Levanté los ojos y me enfrenté a la mirada de aquella mujer que esperaba, paciente, a que decidiera prestarle atención. No la había visto antes por allí y supe que era una de los nuevos. Cuando iba a preguntar qué era exactamente lo que necesitaba de mí, mi abuela empujó la puerta de cristal de El baúl de las hermanas Brontë y ella aprovechó para desaparecer.

—¿Cómo es posible que haga tanto frío siempre en este pueblo? Escúchame bien, Caroline, el día menos pensado, vendo la casa y nos vamos a Florida.

La voz de mi abuela me ayudó a deshacerme del ensimismamiento y sonreí con los ojos en blanco, tratando de que no notase lo alterada que

estaba por la visita que acababa de recibir. Me giré para mirarla y terminé ahogándome en una sonora carcajada cuando vi el horrible sombrero que llevaba puesto: negro, con un ala que recordaba al antiguo Oeste y forrado de lana gris que sobresalía por encima de las orejas, dejando que algunos mechones de su pelo rosa salieran disparados en todas direcciones. Honest odiaba el frío a pesar de que llevaba toda su vida en Old Winter, y no había un solo día en el que no amenazara con coger sus cosas y largarse a las playas soleadas del sur. Supongo que hubo un tiempo en que pudo haberlo hecho, pero la vida es eso que ocurre mientras haces otros planes. Yo soy eso que le ocurrió mientras planeaba en serio trasladarse a la costa.

—Voy a llamar para que arreglen la caldera de una vez por todas y así no tendrás tanto frío —expuse, con un tono de reproche y hastío porque conocía de memoria lo que iba a decir a continuación.

—De eso ni hablar, Caroline, no nos sobra el dinero, ¿sabes? — Cuando terminó de refunfuñar sobre las cosas que no nos podíamos permitir, se quitó el horrible sombrero y lo dejó colgado del perchero detrás del mostrador, al lado de las pelucas y demás accesorios que también vendíamos en El baúl—. ¿Alguna novedad?

Hice un ademán con las manos para que comprobara por sí misma que nada había cambiado a nuestro alrededor. Mi abuela siempre esperaba que le diera la noticia de que habíamos recibido una avalancha de clientes dispuesta a arrasar con la ropa que vendíamos: revuelta, arrugada, inclasificable y amontonada por los rincones, pero eso era algo que estaba muy lejos de suceder. Entonces, hizo lo mismo que hacía siempre que no quería ver la realidad con sus propios ojos: cambiar de

tema. Se encogió de hombros ante mi respuesta y sacó unos cuantos dólares del bolsillo de sus pantalones bombachos, una de esas modas horribles que nacieron y murieron en los noventa, pero que se quedaron a vivir indefinidamente en el atípico armario de mi abuela.

—Hoy te encargarás tú de ir a por el café. —Me cogió una mano y puso el dinero en la palma antes de cerrarme los dedos, como si siguiera teniendo cinco años y pudiera perderlo—. ¿Sabes qué? Estoy pensando en hacer algunos cambios en el escaparate y... tal vez mueva ese estante a la pared de enfrente, y si...

Me di la vuelta y la dejé hablando sola antes de seguir oyendo una sarta de planes que nunca culminarían en nada, pero que le gustaba decir en voz alta con la esperanza de que se obrara el milagro del cambio, uno que ansiaba y temía casi con la misma pasión. Sostuve con más fuerza las monedas entre los dedos y atravesé la avenida hacia el cruce de caminos que bajaba hasta el embarcadero.

La cafetería del señor Jones estaba al final de la avenida principal de Old Winter y antes de las diez de la mañana era casi imposible encontrar una mesa que estuviera vacía. Servían los mejores gofres a ese lado del valle del río Hudson, y la mantequilla de cacahuete era casera y tenía el toque justo de sal, así que nunca le faltaban los clientes. Además, tenía un valor añadido que hacía que nuestro pequeño pueblo fuera capaz de dejar su huella en los mapas. Los sábados por la noche se convertía en Jones&Jace, una improvisada sala de conciertos de músicos locales y cantantes de música *country* venidos de todos los rincones de los Estados Unidos en busca de una oportunidad.

—Hola, Caroline.

Estaba a punto de doblar la esquina de la calle cuando la voz de aquella mujer me hizo parar de golpe, sobresaltada. Era la misma que había ido a buscarme a la tienda y, al parecer, había estado siguiendo mis pasos. Podría ignorarla hasta que se cansara, pero ya sabía que eso no iba a pasar. Volví a girarme hacia ella, aunque tomé la precaución de no mirarla fijamente ni de mover los labios y que alguien pudiera notarlo. Con los ojos fijos en el charco de agua sobre el que me había quedado parada, traté de hacerle una pregunta, pero un impacto sobre el hombro me hizo perder el equilibrio y caer de bruces contra el suelo.

—Quítate de en medio, tarada, la gente normal no puede llegar tarde al trabajo.

Rose pasó de largo sin molestarse en ayudarme a ponerme en pie, dejándome en el suelo con las manos mojadas, los vaqueros sucios y unas tremendas ganas de echarme a llorar.

Me apresuré a levantarme cuando fui consciente de que el resto de los tenderos de Old Winter habían dejado de hacer sus cosas para prestarme atención y, encaminando mis pasos hacia la cafetería, me olvidé de la señora que había hecho aquel largo viaje solo para hablar conmigo.

Empujé la pesada puerta de la cafetería intentando que la gente no se fijara en el aspecto lamentable en el que había quedado después de la caída y me acerqué hasta la barra, esperando, prudente, a que Rose terminara de abrocharse el delantal para hacer mi pedido.

—Caroline, cielo, habla más alto, nadie te entiende si te empeñas en hablar en susurros. Das escalofríos —dijo Rose con su mejor sonrisa, al tiempo que servía mis cafés en dos vasos de cartón para llevar.

—Apuesto a que ya ha escogido su disfraz de Halloween —murmuró alguien al otro lado de la sala y agaché la cabeza.

Alguien más se echó a reír por lo bajo y se me encendieron las mejillas, así que dejé el dinero sobre el mostrador de acero y me di la vuelta, dispuesta a salir corriendo. La familia Woodhouse al completo se disponía a entrar, cortándome el paso, y me hice a un lado, refugiándome de más miradas indiscretas en la pared que tenía a mi espalda. Cuando me di cuenta de que la gente había retomado sus conversaciones donde las dejaron antes de que yo llegara, busqué de nuevo la puerta y salí de allí bajo la atenta mirada de Rose.

El cartón de los vasos caldeaba mis manos, pero yo sabía que estarían completamente fríos cuando regresara a la tienda. Había decidido cambiar el rumbo y llegar hasta el embarcadero, quizá porque ya iba siendo hora de hacerme cargo de la persona que no dejaba de seguirme a todas partes.

Busqué un banco del pequeño puerto y me senté sobre él, esperando a que aquella mujer hiciera lo mismo. Cuando la sentí a mi lado y comprobé que no había nadie más, por fin la miré a los ojos.

—No puede seguirme eternamente —indiqué mientras simulaba beber de mi vaso y ella sonrió, triste.

—Pero yo tan solo te robaré un momento, ¿qué es un momento para ti?

Solté el aire que contenía entre los labios y el vaho voló con el viento. La temperatura era mucho más baja cuando *ellos* estaban cerca y sentí el frío colándose por debajo de la tela mojada de los vaqueros.

Ella desprendía una serenidad y una resignación que, en cierto modo, me tranquilizaba. Olía a rosas recién cortadas y una tos le sobrevinía de vez en cuando; le costaba respirar. Tenía las manos cruzadas sobre las rodillas y esperaba paciente a que terminara de hacerme a la idea de que no iba a marcharse, al menos, de momento. Para no haberla visto antes, parecía que sabía lo que tenía que hacer.

Guardé silencio y la dejé hablar, mirándola de vez en cuando para hacerle saber que estaba recibiendo su mensaje. Al terminar, cerró los ojos, satisfecha, y me regaló una sonrisa cansada. Entonces me di cuenta de lo amargos que eran sus recuerdos y de las ganas que tenía de desprenderse de ellos.

—Supongo que no volveremos a vernos —susurré antes de que nos levantáramos para seguir cada una su camino.

—Si cumples tu parte del trato, no volverás a saber de mí —se llevó una mano al corazón y me guiñó un ojo—, te lo prometo.

—El cuaderno gris —repetí sus instrucciones y ella asintió.

—El cuaderno gris —confirmó antes de darse la vuelta y dejarme sola en el embarcadero.

Dos lágrimas se desprendieron de mis ojos sin permiso y corrí a limpiarlas antes de que alguien me encontrara sola y llorando en el banco. No podía seguir alimentando el cuchicheo con el que llevaba toda mi vida lidiando, eso no era bueno para el negocio.

Regresé a mi pequeña y humilde tienda, atravesando el cruce de caminos coronado por la fuente de un ángel de alas negras, renegando del frío de un otoño que se convertía en invierno cada vez con más rapidez, y sorteé las calabazas, los esqueletos y la decoración que los operarios

del ayuntamiento habían comenzado a desplegar por la plaza. Los vivos permanecían en sus establecimientos, dedicados a su decoración, los *otros* seguían ocupando sus habituales puestos, ajenos al paso del tiempo.

Tomé la precaución de disimular mientras saludaba a los que ya no tenían ningún lugar al que ir o tareas de las que ocuparse, como la señora del sombrero elegante y traje negro de estilo victoriano que esperaba, paciente, a que llegara su carruaje, los niños que jugaban a las canicas en la esquina de la calle Ferguson, o el señor vestido con mono gris que se encaramaba al cableado de la avenida principal cada día desde que muriera a causa de una descarga. Todas ellas almas errantes que o bien no querían irse, o no sabían que habían muerto, o no necesitaban nada de mí.

Empujé la puerta de la tienda con el costado, pues aún sostenía dos cafés fríos entre mis manos heladas, y la mirada cariñosa de mi abuela me dio la bienvenida. No hizo el intento de preguntar dónde había estado tanto tiempo, como siempre que me ausentaba y no daba explicaciones de a dónde iba o con quién me veía.

—Voy a llevar estas camisetas a la trastienda, vienen con un defecto de fábrica y hay que cambiarles las cremalleras —anuncié, cogiendo mi caja de cartón que esperaba abandonada en el suelo. Ella solo asintió dos veces antes de perderse de nuevo en su lectura.

Traspasar la muralla de flecos de plástico que dividía el espacio de la tienda del pequeño taller que había montado en el almacén era como viajar a un lugar seguro donde la Caroline Miller que tantos problemas

me causaba no existía, y podía simular ser una chica corriente con posibilidades de alcanzar sus sueños.

Me senté frente a la mesa de trabajo y expuse toda la tela que había recuperado de la tienda. Con las tijeras, fui cortando las costuras de las camisetas grises para desprenderme de las viejas cremalleras defectuosas, y mientras buscaba otras con las que sustituirlas, iba poniendo en orden todas las cosas que me quedaban por hacer: al amanecer del día siguiente, cuando el pueblo siguiera refugiado en el calor de sus camas, yo ya estaría conduciendo hasta New Haven sin saber lo que iba a encontrar cuando llegase allí.



El cuaderno gris

CAROLINE

Había llamado tres veces a la puerta, pero nadie salió a abrir. Saqué la nota del bolsillo trasero de mis vaqueros solo para comprobar que no me había equivocado de dirección. Sin saber qué hacer, di unos pasos hacia atrás, lo suficiente como para alcanzar a ver la planta superior de la casa, porque al llegar me había parecido que las ventanas estaban abiertas.

Estuve tentada de dar media vuelta y largarme por donde había venido, pero ese no era el trato. Moví la pierna, inquieta, sin saber muy bien si sería capaz de entregar mi mensaje, cuando oí cómo se abría la cerradura detrás de la puerta. Recoloqué mi postura y me aparté dos mechones de pelo que me caían por los hombros, como si mi imagen pudiera paliar las consecuencias de lo que había ido a hacer.

Un hombre no demasiado mayor apareció al otro lado de la hoja de madera y me miró con el ceño fruncido, sin intentar disimular la molestia que mi visita le estaba ocasionando. Me puse nerviosa y bajé los ojos al suelo.

—Perdona, ¿cómo dices? —preguntó, y tragué saliva.

Cogí aire y subí la cabeza, tratando de recordar que no debía hablar en susurros.

—Mi nombre es Caroline Miller y tengo un mensaje para usted — dije, asintiendo para mí en una señal de autoconvencimiento.

—Un mensaje, ¿de quién?

No respondí, solo me quedé ahí, mirando el hueco de la puerta entreabierta, y entonces trató de cerrarla, exasperado ante mi extraña actitud. Obligándome a reaccionar, di un par de zancadas hasta alcanzarla con una mano y evitar que me diera con ella en las narices.

—Un mensaje de su mujer, Madison.

Las palabras obraron el milagro de frenar en seco sus intenciones de echarme de allí, y observé su rostro, cautivada por la transformación que experimentó después de oír lo que acababa de decirle: reconocimiento, dolor profundo, ira.

—Escuche, señorita Miller, ya puede irse por donde ha venido si no quiere que llame a la policía. No sé qué es lo que quiere de mí, pero es imposible que mi mujer le haya dejado ningún mensaje, así que, si es una chiflada o pretende tomarme el pelo y sacarme una pasta a cambio, ya está tardando en desaparecer. —El hombre empujó la puerta con más fuerza y esa vez logró cerrarla y dejarme sola en los escalones del porche.

Con un intenso calor en las mejillas y a punto de echarme a llorar, di la vuelta con la intención de meterme en el coche y regresar a mi casa, pero al cruzar de nuevo el jardín un olor a rosas recién cortadas hizo que se me revolviera el estómago y detuviera mis pasos. No podía irme sin entregar mi mensaje.

Volví en dirección a la puerta cerrada y hablé tan alto como pude porque sabía que él estaría al otro lado.

—El cuaderno gris, señor Hamilton, ¿sabe a qué me refiero?

Conté hasta tres, hasta cuatro, incluso puede que rozara la centena, pero ningún ruido al otro lado de la puerta me dio la esperanza de volver a encontrarme con el rostro contrariado del señor Hamilton. Estaba a punto de darme por vencida cuando abrió de improviso y se hizo a un lado, dejándome pasar al interior. Agaché la cabeza, acepté la invitación y lo seguí.

Caminaba tras él por un largo pasillo que nos llevaba al salón cuando me quedé detenida frente a una pequeña sala auxiliar que había sido convertida en dormitorio. Las cortinas estaban descorridas y la ventana abierta, dejando que las flores del rosal lo llenaran todo con su aroma dulce. Fue entonces cuando reparé en la cama articulada, cubierta con una sábana limpia y perfectamente estirada. Una máquina de respiración asistida descansaba en un rincón, porque ya no tenía a nadie a quien permitirle seguir respirando.

El señor Hamilton carraspeó para llamar mi atención y lo seguí hasta el sofá en el que se había sentado. Ocupé mi lugar al otro lado y le conté todo lo que sabía: que guardaba un cuaderno gris en la mesita de su dormitorio lleno de poemas de amor, que ninguno de ellos llevaba el nombre de su esposa Madison, que ella sabía a quién iban dirigidos y que quería que luchara por ser feliz ahora que no tenía a nadie a quien cuidar. Al entregar mi mensaje, un montón de sensaciones se acumularon en mi vientre dejando en él el peso del dolor, el amor, la tristeza y la culpa más profunda. El señor Hamilton comenzó a llorar y yo agaché

la cabeza para dejarle espacio y que pudiera asimilar todo lo que había ido a decirle. Cuando terminó y me dio las gracias, aproveché para despedirme rápidamente y volver a casa.

Recorrí el pasillo de regreso y, antes de cruzar la puerta, me detuve en el retrato de la señora Madison que adornaba el vestíbulo.

—He cumplido con mi parte, así que espero que cumpla con la suya.

Cuando la puerta de la casa de los Hamilton se cerró detrás de mí y me quedé sola, llevé las manos a mis ojos y me permití llorar. Tenía el don de hablar por los que ya no podían hacerlo, pero el peso de aquel *regalo* había destrozado mi vida.

Subí al coche que compartía con mi abuela y cerré la puerta. Entonces respiré y me deshice de aquella sensación de tristeza que siempre me sacudía al despedirme de *ellos*. Sin perder tiempo en ponerme en marcha, regresé a casa, y aproveché el viaje de regreso para pensar una excusa que hiciera que Honest no formulara preguntas para las que no podía darle una respuesta.

Entré en la carretera que iba desde el bosque hacia el pueblo justo cuando el sol comenzaba a caer bajo el peso de la tarde. Crucé la avenida principal y detuve el coche en el semáforo frente a la cafetería del señor Jones, donde la gente se apresuraba a entrar antes de que comenzara la primera ronda de conciertos del sábado, y desvié la mirada cuando vi a Rose cruzando la calle para ocupar su puesto detrás de la barra. Si volvieran a celebrar la fiesta de fin de curso, estaba segura de que ella volvería a ser elegida reina del baile, sin embargo, sobre aquella chica aparentemente perfecta había caído un manto de tristeza y soledad que eclipsaba la belleza y el desparpajo con los que consiguió sortear la vida

despiadada del instituto. Rose estaba tan atrapada en aquel pueblo como lo estaba yo, y ni siquiera sus intentos de destacar sobre el resto fueron suficientes para darle las alas que tanto ansiaba. El destino le aguardaba un revés inmerecido, y solo yo sabía la verdad.

Me puse en marcha cuando el semáforo cambió de color. Llegué a casa empapada y arrastrando los pies por los escalones de la planta baja hasta llegar al baño, odiando la llovizna cíclica que volvía a sumir al pueblo en una pesadez de nubes negras y frío que se colaba bajo el jersey. Saludé en voz alta a medida que subía, pero entonces recordé que mi abuela no estaba. Era sábado, y ese día tocaba charla del club de lectura en casa de Barbara, así que Honest estaría enzarzada en cualquier discusión que se pusiera a tiro sobre el próximo libro que debían leer.

Me di una ducha, me puse cómoda y bajé las escaleras con la idea de saquear el frigorífico y matar el hambre de todo un día sin probar bocado. Al entrar en la cocina, di un paso hacia atrás, sobresaltada.

—¿Cómo está la niña de mis ojos?

—Abuelo, me has asustado —dije, avergonzada por el pequeño salto que había dado al oírlo.

—Si vienes a por la cena, me temo que Honest no ha cocinado nada hoy.

—No te preocupes, puedo prepararme un sándwich y subirlo a mi habitación. Ha sido un día muy largo.

Los ojos de mi abuelo se movían conmigo a través de la cocina mientras cogía un par de rebanadas de pan y untaba mermelada y manteca de cacahuete hasta hacerlos colisionar en un emparedado, aunque sabía que su fascinación por mis movimientos nada tenía que ver con la forma

en la que preparaba mi comida. No había secreto en el mundo que pudiera ocultarle y ya estaba esperando a que formulara su pregunta.

—Lo has vuelto a hacer, ¿verdad?

—Sí —respondí, y no me olvidé de sonreír para que dejara de preguntarme y, simplemente, siguiera esperando a mi abuela.

Le lancé un beso y me metí el sándwich en la boca mientras subía las escaleras hasta mi habitación. Lo escuché trastear en la planta de abajo, pero sabía que se quedaría quietecito en cuanto Honest regresara a casa.

Comí los restos de mi cena sin prisas por meterme en la cama y tratar de conciliar el sueño, pues ya sabía que no traería más que pesadillas que me mantendrían inquieta hasta que el sol volviera a salir. Aun así, me deshice de los calcetines, me metí en la cama y me tapé la cabeza, intentando cerrar los ojos y desconectar del mundo.

Al amanecer del día siguiente, y aceptando que no sería capaz de conciliar el sueño, decidí dejar de dar vueltas en la cama para bajar a la cocina antes de que el ruido de mis tripas despertara a mi abuela que roncaba, a todo volumen, en la habitación del final del pasillo. Era domingo y no tenía que ir a la tienda, por lo que sabía que Honest aún tardaría en darme los buenos días.

Descubrí a mi abuelo sentado frente a la mesa de la cocina, absorto en el frutero que tenía delante. Parecía cansado, pero eso no era motivo suficiente como para que no me dedicara una de sus increíbles sonrisas. Entonces me miró, de esa forma en la que lo hizo la primera vez que me vio llegar a aquella casa, y la sombra de los recuerdos me hicieron buscar algo en lo que mantenerme ocupada.

—¿En qué estás pensando? —pregunté, aunque ya lo sabía.

Encuentra a Caroline Miller

—En tu madre y en lo mucho que te pareces a ella.

No me gustaba pensar en mi madre, así que no le respondí, me giré, busqué dos tazas en la alacena y me puse a preparar café. Cuando acabé, tuve el buen criterio de permanecer absorta en otras cosas mientras colocaba las tazas sobre la mesa y me giraba para tostar un poco de pan. Noté sus ojos en mi espalda, presintiendo su necesidad de decir algo más, pero entonces mi abuela bajó las escaleras y entró en la cocina. Cogió una de las tazas de café que descansaba, intacta, sobre la mesa y se la llevó a los labios.

—¿A qué hora regresaste a casa anoche, señorita? —pregunté, guiñándole un ojo y aguantando la risa.

Llevaba su peculiar cabello teñido de un extravagante rosa, despeinado sobre la nuca, y restos de maquillaje que le afeaban los ojos y la boca.

—Sí, eso —contestó mi abuelo, tratando de parecer ofendido—, respóndele a la niña, vamos, Honest.

—Pues... nos cansamos de leer a George Orwell y Barbara sugirió que podíamos ir hasta la cafetería y escuchar música, aunque lo que creo es que quería ver a Alan Jones sirviendo cerveza. Siempre he pensado que está medio enamorada de él.

—¡Lo sabía! Sabía que Barbara bebía los vientos por Alan. Honest, me debes unos cuantos dólares —afirmó mi abuelo, dando una palmada sobre la mesa que hizo que una de las naranjas del frutero saliera rodando hasta caer al suelo.

Mi abuela se sobresaltó con el impacto de la fruta contra las baldosas azules y se agachó a recogerla para colocarla justo donde había estado

descansando, pero antes de hacerlo se la pasó de una mano a la otra, quizá porque no encontraba la forma de abordarme sin que saliera huyendo.

—¿Dónde estuviste ayer, Caroline? Y esta vez, me gustaría que me dijeras la verdad.

La verdad hizo que mi madre tuviera tanto miedo de mí como para abandonarme cuando solo tenía cinco años. La verdad destrozó mi vida en el instituto y me dejó sola. La verdad me perseguía todos los días, cada vez que cruzaba la calle, doblaba la esquina o cerraba los ojos para quedarme dormida. La verdad, mi verdad, no existía si no se decía en voz alta, así que mentí, porque el miedo a su mirada incrédula, y su posterior juicio y sentencia, era más fuerte que los remordimientos por mirar a Honest a la cara y contarle algo que no era cierto.

—Fui a un taller de costura en Peekskill. Ya sabes, *patchwork*, ganchillo... te habría encantado.

—Oh, Caroline, sabes que lo odio con todas mis fuerzas. Ni siquiera usé nunca uno de esos parches para remendarte los pantalones cuando volvías del colegio llena de agujeros —sentenció, llevándose una taza a los labios para apurar su contenido, olvidándose del tema por el momento—. Ojalá pudieras ir a Nueva York a estudiar moda, Caroline, este pueblo no tiene nada que ofrecerte.

—Este pueblo tiene todo lo que necesito —dije, dejando mi taza sobre el fregadero y alejándome de ella—. Voy a vestirme, después iré a El baúl y veré qué puedo hacer con esas estanterías que querías mover de sitio.

Encuentra a Caroline Miller

Le di un beso antes de irme y le guiñé un ojo a mi abuelo, que seguía contemplándome con la mirada perdida en la añoranza de un recuerdo que no hacía más que desdibujarse en el tiempo, pero cuando me quedé sola y cerré la puerta de mi habitación, volví a revisar una lista de deseos que sabía que estaban destinados a no cumplirse jamás.

— 3 —

Fuego en la carretera

OWEN

El público aplaudía, levantando las manos al cielo en señal de ovación. En los ojos de los espectadores que ocupaban la primera fila se podían ver lágrimas de pura felicidad. Algunas chicas lanzaban sus sujetadores hacia el escenario mientras Mark hacía lo posible por apartarlos con el pie para que nadie tropezara con ellos.

La música seguía sonando bajo el cielo oscuro de Times Square, y estábamos agotados después de horas tocando en el concierto de celebración de fin de año. Habíamos desempolvado todos nuestros grandes temas, verdaderos himnos que se habían convertido en leyendas de la música de los Estados Unidos, y el público gritaba pidiendo más. Los miré a todos un momento para agradecerles que estuvieran allí y mi vista se perdió más allá de los confines de Central Park. Quedaban escasos minutos para que la cuenta atrás que daba la bienvenida al año nuevo comenzara, así que decidí darles un fin de fiesta de la misma magnitud.

Didi movía las manos sobre el teclado, frenética, mientras la batería de Pit daba una tregua al bajo de Corey y a la guitarra eléctrica de Mark. Si mis chicos se entregaban a cada nota y a cada acorde, yo no podía quedarme atrás. Levanté mi mano derecha señalando al cielo y fijé los